

Pijoaparte

Hay apodos que ilustran no solamente una manera de vivir, sino también la naturaleza social del mundo en que uno vive.



La noche del 23 de junio de 1956, verbena de San Juan, el llamado Pijoaparte surgió de las sombras de su barrio vestido con un flamante traje de verano color canela; bajó caminando por la - carretera del Carmelo hasta la plaza Sanllehy, saltó sobre la primera motocicleta que vio estacionada y que ofrecía ciertas garantías de impunidad (no para robarla, esta vez, sino simplemente para servirse de ella y abandonarla cuando ya no la necesitara) y se lanzó a toda velocidad por las calles hacia Montjuich. Su intención, esa noche, era ir al Pueblo Español, a cuya verbena acudían extranjeros, pero a mitad de camino cambió repentinamente de idea y se dirigió hacia la barriada de San Gervasio. Con el motor en ralentí, respirando la fragante noche de junio cargada de vagas promesas, recorrió las calles desiertas, flanqueadas de verjas y jardines, hasta que decidió abandonar la motocicleta y fumar un cigarrillo recostado en el guardabarros de un formidable coche sport parado frente a una torre. En el metal

rutilante se reflejó su rostro -melancólico y adusto, de mirada grave, de piel cetrina-, sobre un firmamento de luces deslizantes, mientras la suave música de un fox acariciaba su imaginación: frente a él, en un jardín particular adornado con farolillos y guirnaldas de papel, se celebraba una verbena.

La festividad de la noche, su afán y su trajín alegres eran poco propicios al sobresalto, y menos en aquel barrio; pero un grupo de elegantes parejas que acertó a pasar junto al joven no pudo reprimir ese ligero malestar que a veces provoca un elemento cualquiera de desorden, difícil de discernir: lo que llamaba la atención en el muchacho era la belleza grave de sus facciones meridionales y cierta inquietante inmovilidad que guardaba una extraña relación -un sospechoso desequilibrio, por mejor decir- con el maravilloso automóvil. Pero apenas pudieron captar más. Dotados de finísimo olfato, sensibles al más sutil desacuerdo material, no supieron ver en aquella hermosa frente la mórbida impassibilidad que precede a las decisiones extremas, ni en los ojos como estrellas furiosas esa vaga veladura indicadora de atormentadoras reflexiones, que podrían incluso llegar a la justificación moral del crimen. El color oliváceo de sus manos, que al encender el segundo cigarrillo temblaron imperceptiblemente, era como un estigma. Y en los negros cabellos peinados hacia atrás había algo, además del natural atractivo, que fijaba las miradas femeninas con un leve escalofrío: había un esfuerzo secreto e inútil, una esperanza mil veces frustrada pero todavía intacta: era uno de esos peinados laboriosos donde uno encuentra los elementos inconfundibles de la cotidiana lucha contra la miseria y el olvido, esa feroz coquetería de los grandes solitarios y de los ambiciosos superiores.

Juan Marsé: Últimas tardes con Teresa
Barcelona, Seix Barral, 1997 (páginas 13-14)
Signatura de la Biblioteca: 860.3-MAR-ult



Últimas tardes con Teresa fue la obra con la que su autor, **Juan Marsé**, ganaba el Premio Biblioteca Breve en la primavera de 1965 y obtenía un gran éxito narrativo; pero sobre todo, supuso asistir al nacimiento del Pijoaparte, uno de los personajes más fuertes, originales y sugestivos de toda la literatura de esa época.

Lo que empieza siendo una historia de amor entre una niña bien, estudiante, rebelde e ingenua, Teresa, y un charnego barriobajero, desarraigado y ladrón de motos, Manolo Reyes, el Pijoaparte, termina siendo una formidable sátira social de la España del momento. La obra se sitúa en Barcelona entre los años 1956 y 1957 y nos muestra la realidad de la posguerra y las inquietudes de la juventud, las referencias a la guerra civil, el auge del turismo, el éxodo de los obreros, las manifestaciones estudiantiles, el enriquecimiento de algunos..., una forma de ver la vida española llena de prejuicios y viejos convencionalismos. Junto a Teresa y Manolo se encuentran también Luis y Maruja, y estos cuatro personajes, cuyas vidas están enlazadas

por el azar, representan dos mundos antagónicos: los ricos burgueses y los desfavorecidos de los barrios marginales, que aspiran a conseguir un cierto prestigio social. Cada uno idealiza a su modo el mundo que tiene enfrente, lo reviste de virtudes, lo adorna con ventajas que no encuentra en el suyo e inevitablemente, el desenlace será la ruptura de este hechizo, la destrucción de esos mitos forjados en la imaginación.

Al final de esta obra, nos queda el **Pijoaparte**, que se convierte en unos de esos afortunados personajes de ficción que forman parte de nuestra imaginación colectiva y del lenguaje común, representando los atractivos de la juventud, el descaro, la aspiración a realizar sueños...porque como se menciona al principio de esta historia:



"Hay apodos que ilustran no solamente una manera de vivir, sino también la naturaleza social del mundo en que uno vive"

Entre las obras más conocidas de **Juan Marsé** se encuentran:

**La muchacha de las bragas de oro,
Si te dicen que caí,
La oscura historia de la prima Montse,
El amante bilingüe,
El embrujo de Shangai,
Rabos de lagartija y
Canciones de amor en el Lolita's Club.**